

La Ley de Elohim (D-os)

Segunda parte.

El Hijo de Dios dió á nuestro primeros padres la promesa de la salvación. Fue él quien se manifestó á los patriarcas. Adán, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y Moisés comprendían el evangelio. Miraban á la redención por el medianero y el fiador del hombre. Estos santos hombres de la antigüedad entretenían un trato con el Salvador que había de venir á este mundo en forma humana; y algunos de ellos hablaban con el Mesías y con santos ángeles cara á cara. (Gén. 16:13; 17:1; 32:20; Éx. 24:11; Deu. 5:24; Juec. 6:22; 13:22; Isa. 6:5; Hechos 7:37.)

El Mesías no solamente era el guía de los hebreos en el desierto, - el ángel en quien era el nombre de YAHWEH y quien envuelto en la columna de nube iba delante del ejército – sino él era también quien dió la ley á Israel.

Nota: - Que aquel que anunció la ley, que llamó á Moisés al monte y habló con él, haya sido nuestro SEñor Yahshua el Mesías, resulta de las consideraciones siguientes:

El Mesías es por quien Dios se ha revelado al hombre en todos tiempos. “Nosotros empero no tenemos más de un Elohim/Dios, el Padre, del cual son todas las cosas, y nosotros en él; y un SEñor, Yahshua el Mesías, por el cual son todas las cosas, y nosotros por él.” (1Cor. 8:6.) “Este (Moisés) es aquel que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablada en el monte Sina, y con nuestros padres; y recibió las palabras de vida para darnos.” (Hechos 7:38.) Este ángel era “el ángel de su faz.” (Isa. 63:9), el ángel en medio de quien estaba el nombre de YAHWEH. (Éx. 23:20-23). La expresión no se puede referir á otro más que al Hijo de Dios.

Además: El Mesías es llamado la Palabra de YAHWEH. (Juan 1:1-3.) Es llamado así, porque Dios dió sus revelaciones al hombre en todos tiempos por el Mesías. Su espíritu fue quien inspiraba á los profetas. (1Pedr. 1:10, 11.) Les fue revelado como el Angel de YAHWEH, el príncipe del ejército del SEñor, Miguel el arcángel.

En medio de la gloria terrible del Sinaí proclamó, ante los oídos de todo el pueblo, los diez preceptos de la ley de su padre. El era quien dió á Moisés la ley escrita en tablas de piedra.

Era el Mesías quien habló a su pueblo por los profetas. El apóstol Pedro, escribiendo á la congregación cristiana, habla de “los profetas que profetizaron de la gracia que había de venir á vosotros, han inquirido, y diligentemente buscado. Escudriñando cuándo y en que punto de tiempo significaba el Espíritu del Mesías que estaba en ellos, el cual pronunciaba las aflicciones que habían de venir al Mesías, y las glorias después de ellas.” (1Pedro 1:10, 11.) Es la voz del Mesías que habla á nosotros en todo el Antiguo Testamento. “Porque el testimonio de Yahshua es el espíritu de la profecía.” (Apo. 19:10.)

Mientras Yahshua estaba personalmente entre los hombres, llamó la atención del pueblo al Antiguo Testamento. Dijo á los judíos: “Escudriñad las Escrituras; porque á vosotros os parece que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí.” (Juan 5:39.) En aquel tiempo los libros del Antiguo Testamento eran todo lo que existía de la Biblia. Y otra vez dijo el Hijo de Dios: “A Moisés y á los profetas tienen; óiganlos.” Y añadió: “Si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco se persuadirán, si alguno se levantara de los muertos.” (Luc. 16:29, 31.)

La ley ceremonial fue dada por el Mesías. Hasta cuando no era ya preciso observarla, Pablo se la

recordó á los judíos en su verdadera posición y su valor verdadero, enseñando su lugar en el plan de la redención con la obra del Mesías; y el gran apóstol declara esta ley magnífica y digna de su gran autor. El ministerio solemne del santuario simbolizaba las grandes verdades que se habían de revelar á las generaciones venideras. La nube de incienso que subía con las oraciones de Israel, representó la justicia del que solo puede hacer la oración del pecador agradable á Dios; la víctima sangrienta en el altar dió testimonio de una redención futura, y del lugar santísimo lució la señal visible de la presencia de Dios. Así por todos los siglos de apostasia y de tinieblas, la fe fue conservada viva en los corazones de los hombres, hasta que el tiempo de la venida del Mesías prometido había llegado.

Yahshua era la luz de su pueblo – la luz del mundo, - antes de que vino al mundo en forma humana. El primer rayo de luz que penetraba las tinieblas en las que estaba envuelto el mundo por el pecado, vino del Mesías. Y de él ha venido cada rayo de resplandor celestial que ha caído sobre los habitantes de la tierra. En el plan de redención, el Mesías es Aleph y Tau (griego: Alpha y Omega), primero y postrero.

Desde que el Salvador derramó su sangre para salvar al hombre del pecado, y subió al cielo, “para presentarse ahora por nosotros en la presencia de YAHWEH,” (Heb. 9:24.) se derramó la luz desde la luz de Gólgatha y desde el santuario arriba en el cielo. Pero la luz más clara que Dios nos ha concedido á nosotros, no nos debía conmovér á despreciar la que fue recibida en tiempos remotos por los tipos que simbolizaban al Salvador venidero. El evangelio del Mesías arroja luz sobre la economía judía, y da significación á la ley ceremonial. A medida que se revelan nuevas verdades y se arroja una luz más clara sobre aquellas que han sido conocidas desde el principio, se muestran el carácter y las intenciones de Dios en su proceder con su pueblo escogido. Cada rayo de luz que recibimos, nos da un entendimiento más claro del plan de redención que es la ejecución de la voluntad de Dios en la salvación del hombre. Vemos una nueva belleza y nueva fuerza en la palabra inspirada por el Espíritu de Dios, y estudiamos sus hojas con un interés más profundo y más atento.

Muchos tienen la opinión de que Dios ha erigido una pared divisoria entre los hebreos y las demás naciones; que su cuidado y amor de los que había privado en gran parte al resto de la humanidad, habían sido dirigidos hacia Israel. Pero Dios no quiso su pueblo erigiese una pared divisoria entre sí y sus semejantes. El corazón del amor infinito estaba accesible á todos los habitantes de la tierra. Aunque le habían desechado, él trató continuamente de revelarseles y de hacerlos participantes de su amor y de su gracia. Su bendición fue dada al pueblo escogido, para que bendijese á otros.

Dios llamó á Abraham y le concedió bienestar y honrar, y la fidelidad del patriarca fue una luz para la gente en todos los países, donde se detuvo. Abraham no se apartó del pueblo que le rodeaba. Tenía relaciones amistosas con los reyes de las naciones circunvecinas, de los cuales algunos le trataban con mucho respeto, y su probidad é integridad, su valor y su benevolencia representaban el carácter de Dios. En Mesopotamia, en Chánaán, en Egipto y hasta entre los habitantes de Sodoma, el Dios del cielo fue revelado por su representante.

Así se reveló Dios al pueblo de Egipto y á todos las naciones que tenían relaciones con este reino tan poderoso, por medio de José. ¿Por qué se propuso Dios exaltar tanto á José entre los egipcios? Habría podido elegir otro camino, para lograr sus intenciones que tenía con los hijos de Jacob; pero quiso hacer de José una luz, y le puso en el palacio del rey, para que la luz del cielo alumbrara á todos, á los cercanos y á los lejanos. Por su sabiduría y justicia, por la pureza y la benevolencia de su vida diaria, por su devoción á los intereses de su pueblo – y este pueblo era una nación de idólatras – era José un representante del Mesías. En su bienhechor á quien miraba todo Egipto con gratitud y alabanza, aquel pueblo debía ver el amor de su Creador y Salvador. Así puso Dios también con Moisés una luz al lado del trono del reino más poderoso de la tierra, para que todos que quisiesen, pudieran llegar á conocer al Dios verdadero y vivo. Y toda esta luz fue dada á los egipcios, antes de que Dios extendió su mano sobre ellos en sus juicios.

Por el libramiento de Israel de Egipto, el conocimiento del poder de Dios se divulgó en todas direcciones. Los habitantes belicosos de la fortaleza de Jericó temblaban. “Oyendo esto, dijo Rahab, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más espíritu en alguno por causa de vosotros, porque YAHWEH vuestro Elohim (D-os) es Elohim (D-os) arriba en los cielos, y abajo en la tierra.” (Jos. 2,11.) Siglos después de la salida de Egipto los sacerdotes de los filisteos recordaban al pueblo las plagas de Egipto y le aconsejaban no resistir al Dios de Israel.

Dios llamó á los israelitas y les bendijo y les exaltó, no para que ellos solos recibiesen sus bendiciones y lograsen su gracia obedeciendo á su ley, sino para que se manifestase por medio de ellos á todos los habitantes de la tierra. Precisamente para lograr este fin, les mandó apartarse de las idólatras naciones circunvecinas.

La idolatría y todos los pecados que la seguían, eran un horror á Dios, y mandó á su pueblo no mezclarse con otras naciones, no hacer “*como ellos hacen*” (Éx. 23,:24.) y no olvidarse de Dios. Les prohibió el matrimonio con idólatras, para que sus corazones no se apartasen de él. Era entonces tan preciso como hoy que el pueblo de Dios fuese limpio, no manchado por el mundo. Tienen que librarse de su espíritu, porque es contrario á la verdad y á las justicia. Pero Dios no quiso que su pueblo se apartase del mundo, excluyéndose de él con un orgullo espiritual, de modo que no podía ejercer ninguna influencia sobre él.

Como su maestro, los discípulos del Mesías deben ser en todo tiempo la luz del mundo. El Salvador dice: “Una ciudad asentada sobre el monte no se puede esconder; ni se enciende una lámpara, y se pone debajo de un almud, mas sobre el candelero; y alumbra á todos los que están en casa,” - es decir, en el mundo. Y añade: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres; para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.” (Mat. 5:14-16.) Esto es precisamente lo que hacían Henoah y Noé, Abraham, José y Moisés. Es precisamente lo que Dios quiso que hiciese su pueblo Israel.

Era su propio corazón malo, dominado por Satanás é incrédulo, lo que les indujo á esconder su luz, en vez de dejarla alumbrar á los pueblos circunvecinos; era el mismo sentimiento pervertido que les indujo, ó á seguir á las costumbres impías de los paganos, ó á excluirse con un espíritu orgulloso, como si el amor y el cuidado de Dios fuese para ellos solos.

Como la Biblia presenta dos leyes, la una inalterable y eterna, la otra provisional y temporaria, así hay también dos alianzas. La alianza de la gracia fue hecha primero con el hombre en el Edén, cuando después de la caída la promesa divina fue dada, de que el linaje de la mujer heriría la serpiente en la cabeza. Esta alianza ofreció á todos los hombres el perdón y la ayuda de la gracia divina para la obediencia futura por la fe en el Mesías. Les prometió también la vida eterna bajo la condición de la fidelidad hacia la ley de Dios. Así recibieron los patriarcas la esperanza de la redención.

Esta misma alianza fue renovada á Abraham en la promesa: “En tu simiente serán benditas todas las gentes de la tierra.” (Gén. 22:18.) Esta promesa se refirió al Mesías. Así la comprendió Abraham, (Véase Gál. 3:8, 16.) y esperó el perdón de sus pecados por el Mesías. Esta fue la fe que le fue atribuida á justicia. La alianza con Abraham mantuvo también la autoridad de la ley de Dios. YAHWEH apareció á Abraham y dijo: “Yo soy el Elohim (D-os) Todopoderoso; anda delante de mí, y sé perfecto.” (Gén. 17:1.) El testimonio que Dios ha dado á su fiel siervo, es: “Por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos, y mis leyes.” (Gén. 26:5.) Y YAHWEH le declaró: “Estableceré mi pacto entre mí y tí, y tu simiente después de tí en sus generaciones, por alianza perpetua, para serte á tí por Elohim (D-os), y á tu simiente después de tí.” (Gén. 17:7.)

Aunque esta alianza había sido hecha con Adán y renovada á Abraham, no se podía confirmar antes de que el Mesías murió. Había existido por la promesa de Dios desde la primera intimación de la redención; había sido aceptada con fe; sin embargo se llama una alianza nueva, desde que ha sido confirmada por el

Mesías. La ley de YAHWEH era el fundamento de esta alianza que era solamente una institución para poner al hombre otra vez en armonía con la voluntad de Dios, conmoviéndoles á obedecer á la ley divina.

Otra alianza – llamada en la Biblia el “Antiguo” Testamento – fue hecha en el Sinai entre Dios y el pueblo de Israel y confirmada después por la sangre de una victima. La alianza hecha con Abraham fue confirmada por la sangre del Mesías, y se llama la segunda alianza ó el “Nuevo” Testamento, porque la sangre con la cual fue confirmada, fue derramada después de la sangre de la primera alianza. Que la nueva alianza estaba envigor en los días de Abraham, se puede inferir del hecho de que fue confirmada entonces ya por la promesa, ya por el juramento de Dios, - las “dos cosas inmutables en las cuales es imposible que YAHWEH mienta.” (Heb. 6:18.)

Pero ¿por qué fue hecha otra alianza en el Sinai, si la otra hecha con Abraham contenía la promesa de la redención? El pueblo había perdido en alto grado en su esclavitud el conocimiento de Dios y de los principios de la alianza hecha con Abraham. Cuando Dios los sacó de la tierra de Egipto, trató de revelarles su poder y su gracia, para que fuesen inducidos á amarle y á confiar en él. Les llevó al Mar Rojo – donde les pareció imposible escaparse, estando perseguidos por los egipcios – para que comprendiesen su completo desamparo y la necesidad de la ayuda divina; y luego les libró de ellos. Así fueron llenados de amor y gratitud hacia Dios y de confianza en su poder de ayudarles. Los había unido con él como su libertador de una esclavitud temporaria.

Pero una verdad mayor aún se había de imprimir en su memoria. Como viviesen en medio de la idolatría y de la corrupción, no tenían una idea justa de la santidad de Dios, de la maldad extremadamente grande de sus corazones, de su completa incapacidad de obedecer á la ley de Dios de su propia fuerza, ni tampoco sentían, cuanta falta les hacía un Salvador. Todo esto lo tenían que aprender.

Dios los llevó al Sináí; reveló allí su gloria; les dió su ley y les prometió grandes bendiciones bajo la condición de la obediencia: “Ahora pues si diereis oído á mi voz, y guardareis mi pacto, ... vosotros seréis mi reíne de sacerdotes, y gente santa.” (Éx. 19:5, 6.) El pueblo no vió los pecados de su propio corazón, ni comprendió que sin el Mesías era imposible observar la ley de Dios; y estaban dispuestos á entrar en una alianza con Dios. Convencidos de que podían establecer su propia justicia, declararon: “Haremos todas las cosas que YAHWEH ha dicho, y obedeceremos.” (Éx. 24:7.) Habían visto la proclamación de la ley en su terrible majestad y estaban delante del monte temblando de terror; y sin embargo no pasaban más que pocas semanas, y ya violaron su alianza con Dios y se inclinaron, para adorar una imagen fundida. Por una alianza que habían violado, no podían esperar gracia de Dios; y ahora que reconocían sus pecados y comprendían que el perdón les hacía mucha falta, se les hacía comprender también que necesitaban al Salvador que había sido revelado en la alianza hecha con Abraham, y de quien los sacrificios sangrientos eran un tipo. Por la fe y el amor estaban ahora unidos con Dios, su libertador del yugo del pecado. Ahora estaban preparados á apreciar las bendiciones del Nuevo Testamento.

Las condiciones de la alianza antigua eran: Obedece y vive: “Diles mis ordenanzas, y declaréles mis derechos, los cuales el hombre que los hiciere, vivirá en ellos;” (Ezeq. 20:11; Lev. 18:5.) pero “maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para cumplirlas.” (Deut. 27:26.) La nueva alianza se fundó en mejores promesas – en las promesas del perdón de los pecados y de la gracia de Dios de renovar el corazón y de ponerlo en armonía con los principios de la ley de Dios. “Mas éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice YAHWEH: Daré mi ley en sus entrañas, y escribiréla en sus corazones... Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.” (Jer. 31: 33, 34.)

La misma ley que estaba grabada en las tablas de piedra, la escribe el Espíritu santo en las tablas del corazón. En vez de tratar de establecer nuestra propia justicia, aceptamos la justicia del Mesías. Su sangre es la expiación por nuestros pecados. Su obediencia nos es atribuida. Entonces el corazón renovado por el Espíritu santo llevará los frutos del espíritu. Por la gracia del Mesías viviremos, obedeciendo á la ley escrita

en nuestros corazones. Y si tenemos el espíritu del Mesías, viviremos como él ha vivido. Por el profeta proclama él mismo: “El hacer tu voluntad, oh Elohim (D-os) mío, hame agradado, y tu ley está en medio de mis entrañas.” (Sal. 40:9.) Y cuando estaba entre los hombres, dijo: “No me ha dejado solo el Padre; porque yo, lo que á él agrada, hago siempre.” (Juan 8:29.)

El apóstol Pablo enseña claramente la relación entre la ley y la fe en la nueva alianza. Dice: “Justificados pues por la fe, tenemos paz para con YAHWEH por medio de nuestro SEñor Yahshua el Mesías.” “¿Luego deshacemos la ley por la fe? En ninguna manera; ántes establecemos la ley.” “Porque lo que era imposible á la ley, por cuanto era débil por la carne,” - no podía justificar al hombre, porque con su naturaleza corrompida no era capaz de observar la ley - “YAHWEH enviando á su Hijo en semejanza de carne de pecado, y á causa del pecado condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros, que no andamos conforme á la carne, mas conforme al Espíritu.” (Rom. 5:1; 3:31; 8:3, 4.)

La obra de Dios es la misma en todo tiempo, aunque hay varios grados de desarrollo y varias revelaciones de su poder, para satisfacer á las necesidades de los hombres en los tiempos diferentes. Desde la primera promesa del evangelio, durante el tiempo de los patriarcas y del pueblo judío, y hasta el tiempo presente ha tenido lugar un desarrollo gradual de las intenciones de Dios en el plan de la redención. El Salvador representado en las costumbres y ceremonias de la ley judía es el mismo que el manifestado en el evangelio. Las nubes que envolvían su forma divina, se han quitado, las nieblas y sombras han desaparecido, y Yahshua, el Salvador del mundo, está revelado delante de nosotros. El que proclamó la ley en el Sinai y comunció á Moisés los preceptos de la ley ceremonial, es el mismo que pronunció el sermón de la montaña. Los grandes principios del amor hacia Dios que representaba como el fundamento de la ley y de los profetas, no son más que una repetición de lo que dijo por Moisés al pueblo hebreo: “Oye, Israel: YAHWEH nuestro Elohim (D-os), YAHWEH uno es. Amarás á YAHWEH tu Elohim (D-os) de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todo to poder.” Y “amarás á tu mismo prójimo como á tí mismo. Yo soy YAHWEH.” (Deut. 6:4, 5; Lev. 19:18.) El maestro es el mismo en las dos alianzas. Las pretensiones de Dios son las mismas. Los principios de su gobierno son los mismos. Porque todo procede de él, “en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación.” (Sant./Jacobo 1:17.)

Extraído de: "*Patriarcas y Profetas*" por E. G. White, 1910, págs. 333-341

Editor: El santísimo nombre del Padre, YAHWEH, fue utilizado en vez de la denominación 'SEÑOR'; y en el texto: el nombre del Hijo 'Yahshua el Mesías'. [...]